

Jesús y Pedro: aprendiendo a confiar en Dios

P. Miguel Núñez

9 de Octubre PM, 2009

[Iglesia Bautista de la Gracia](#)

Santiago, República Dominicana

Mateo 14:22-33

En la historia, había un grupo de discípulos en una barca, un maestro y una tormenta. Cuando la leíamos, imaginé que la barca podría ser la iglesia en la que estamos; los discípulos, nosotros; y el maestro, el mismo; y la tormenta, todas las circunstancias por las que pasamos en nuestras vidas. ¿Cómo saldremos de esta tormenta? ¿Como los discípulos? ¿Igual que como entramos?

La tormenta no fue fortuita

El primero de cuatro encuentros que analizaremos se trata de Jesús con Pedro. El lugar ha sido escogido por Jesús y no es el mejor que pudiera encontrarse: ellos están en alta mar y una tormenta arrecia sobre ellos. Sin embargo, Jesús lo ha hecho con un propósito.

Esta no es la primera vez que los discípulos han estado en una tormenta (Mat. 8:23-27); sin embargo, en aquella ocasión, Jesús estaba cerca, a su lado. Esa vez, estando con el Señor del universo en la barca, los discípulos estaban aterrorizados al punto de despertarle, diciendo “¡Perecemos!”, y Jesús, hablándole al viento, detuvo la tormenta. La respuesta de los discípulos, no obstante, no fue de personas que hubieran aprendido que Jesús era Dios: el único sentimiento que se agitó en sus corazones fue el asombro.

Conociendo esto, Jesús, luego de haber alimentado a 5,000 hombres (sin contar a las mujeres y los niños) con 5 panes y 2 peces, hizo entrar a los doce en una barca, casi forzosamente (Mar. 6:45). No sabemos por qué los discípulos no querían ir en la barca (puede que estuviesen de acuerdo con la multitud y creyesen que era buen momento para coronar a Jesús –Jn. 6:15–, o puede que supieron interpretar el cielo y sabían que una tormenta se avenía), pero la realidad es que, en esta ocasión, Jesús los envió solos: había una lección que aprender.

En este momento es necesario que recordemos algo: Jesús es Dios. Esto significa que no hemos de leer el texto y entender que Jesús los envió al mar y que una tormenta les encontró, sino que Él orquestó una tormenta en la que ellos estuviesen sin Él cerca, en posición de consolarlos. A pesar de que hay calamidades que Dios envía para corrección (aquellas que tienen como fin principal quebrar nuestro orgullo y mostrarnos qué tanto confiamos en barcas que no pueden sostenernos –p.e. Jonás–), no creo que ésta fuera una; entiendo que Él los envió a una tormenta de crecimiento: quería madurar su fe. Por ende, no juzguemos que una vida de obediencia a Dios será una vida caracterizada por la ausencia de problemas (de hecho, si hubo un hombre que estuvo todo el tiempo en el centro de la voluntad de Dios, fue su Hijo, y terminó en una cruz); antes, recordemos que Dios prometió que, a pesar de los problemas, Él estaría siempre vigilando y observando, haciendo todo con un propósito: la promesa es que, en Jesús, siempre habrá gozo, satisfacción y garantía de que los resultados estarán en la mano de Dios.

Esta noche es una noche de entrenamiento.

Lo primero que aprendemos es, pues, que **Dios tiene un propósito con cada tormenta y las seguirá enviando hasta que sea cumplido en nuestras vidas: toda dificultad debe sacarnos adelante cambiados.**

La lección: confiar en Jesús en todo tiempo

Cuando Jesús despidió a sus discípulos, apenas comenzaba a caer la tarde (Jn. 6:16). Sin embargo, no fue sino hasta la cuarta vigilia de la noche (v.25) que Jesús fue a ellos, encontrándolos a 3.5 millas (5.6 km) del sitio de donde habían zarpado (Jn. 6:19). El contenido emocional de estas frases se hace visible cuando nos enteramos que los judíos dividían la noche en cuatro vigias y que la cuarta vigilia se refería al espacio de tiempo entre las tres y las seis de la mañana. ¡Los discípulos tenían entre nueve y diez horas remando y sólo habían avanzado 3.5 millas! ¿Por qué esperó Jesús tanto, a pesar del calibre de la tormenta a la que los había enviado? ¿Por qué esperó a que estuviesen fatigados? (Mar. 6:48).

Jesús esperó tanto porque, muchas veces, nuestras fuerzas nos son obstáculo para la obra de Dios, pues confiamos en ellas, descartando a Dios. Jesús quería verlos crecer y ser capaces, no solo de pasar tormentas cuando Él estuviese cerca, sino, también, de pasar por tormentas cuando Él estuviese lejos. Ellos necesitaban aprender que Jesús siempre cuidaría de ellos, incluso cuando ellos no pudieran continuar.

Del mismo modo, nosotros, también, hemos de aprender esta lección. En muchas ocasiones, dependemos tanto de nuestros sentimientos que, cuando no podemos sentir que Dios está con nosotros, dejamos de creer. Por ello, necesitamos conocer que, cuando no podemos sentir a Dios con nuestras emociones, siempre podremos sentirle por medio de nuestra fe: Jesús siempre estará con nosotros: Él no cambia.

En segundo lugar, entonces, aprendemos que **podemos confiar en el Maestro, incluso si Él no está y no podemos sentirle: Él ha dicho que estaría con nosotros, aunque el cielo y la tierra pasaren**. Al igual que como hizo con sus discípulos, Dios dará, en cada experiencia, la gracia suficiente para vencer. Confiar en Dios implica creer esto, a pesar de que no se vean todas las evidencias –pues la fe es confiar en lo que se espera y no se ve–.

Si confiamos, oramos

Evidencia de que los discípulos no confiaban era el hecho de ninguno llamó a Jesús mientras tuvo fuerzas. En lugar de dividirse el trabajo –algunos orar y otros remar, y, luego, cambiar los roles–, todos ellos trabajaron antes de orar. No tuvieron porque no pidieron (Stgo. 4:2), a pesar de que sabían que Jesús podía calmar los vientos con sus palabras. Entiendo que lo hicieron así porque esa es la naturaleza del corazón humano: el hombre prefiere sentir que está en control, que solo puede hacerlo bien, que él puede y debe obtener la gloria.

¿Es ahí donde estás? ¿Tienes tiempo en la barca, en medio de la tormenta, remando, tratando de avanzar, sin poder hacerlo? ¿Has hablado con el Señor en medio de la tormenta, antes de que hubieras hecho todo cuanto podías hacer? Todos podemos decir que, en alguna ocasión u otra, hemos dicho “¡No me ayudes! ¡Yo lo hago!”. Y todos hemos podido ver nuestras vidas meciéndose como mecedoras: moviéndose y moviéndose, sin avanzar a ningún lado. *Esto que te digo, sin embargo, no es excusa para no trabajar: es, simplemente, la verdad de que, si pones el caballo detrás de la carreta, no conseguirás que se mueva.*

Aprendemos, en tercer lugar, que **la fortaleza del Señor se manifiesta cuando la nuestra termina**. O, en otras palabras, que, siendo la vida algo más complejo de lo que podemos manejar, pidámosle al Señor que nos ayude a avanzar.

Ir a Jesús implica dejar la barca

Cuando, finalmente, al verlos cansados, Jesús llega, caminando sobre las aguas, los discípulos, que han visto muchos milagros, en lugar de sentir alivio al ver al maestro, reaccionan con terror: “¡Un fantasma!”. Su problema fue que, debido al pánico, distorsionaron la manera en como percibían la realidad. De la misma manera, muchos somos cazados por los fantasmas del pasado y distorsionamos la percepción que tenemos de Dios, de nuestras vidas y de la tormenta en la que estamos, para, al fin, llegar a conclusiones erradas. ¿Dónde está nuestra fe que, en lugar de pensar que el poderoso Cristo se acerca en medio de la tormenta, pensamos en fantasmas?

No obstante, a pesar de la debilidad de los discípulos, lo que Jesús responde es “No teman, soy yo”, recordándoles uno de los mandamientos más repetidos en las Escrituras. Pedro, sin embargo, responde “Si eres tú, manda que yo vaya a ti”. ¿No somos nosotros como él? ¿No decimos creer, cuando estamos en aguas calmas, que Dios es todopoderoso, y nuestro escudo, refugio y fortaleza, y, cuando estamos en las turbulentas, pedimos pruebas? *Más aún, es interesante la osadía de Pedro: ¿cómo tirarse al mar si no estaba seguro de si ese era o no Jesús?*

Sin embargo, esa noche, el encuentro de Jesús fue con Pedro y no con los doce discípulos: los otros once no se atrevieron a caminar a Jesús, no se atrevieron a correr el riesgo de dejar la barca. De la misma manera, nosotros no asimos a Jesús porque no queremos arriesgarnos a perder nuestra barca –nuestro lugar (o persona, o proyecto, o fondos, o lo que sea) de conveniencia, seguridad y confort que, hasta ahora, nos ha servido de sostén–. Y, de la misma manera, no caminaremos sobre las aguas, ni experimentaremos la mano de Jesús, ni tendremos un encuentro personal con Él si no nos decidimos a dejar la barca y arriesgarnos para ir a Dios: todo aquel que no se arriesga es porque no está listo para caminar con Dios (¡estamos llamados a caminar por fe, no por vista o cálculos de riesgo!).

La cuarta lección que aprendemos hoy es que, **para caminar con Jesús, hay que dejar de apoyarse en la barca.**

Si vamos a Él, Jesús no nos echará fuera

La historia, sin embargo, no acaba con la reunión de Pedro y Jesús sobre las aguas. Pedro, una vez había empezado a caminar, volvió a mirar sus circunstancias, la tormenta, y temió; por esta razón, comenzó a hundirse. En ese momento, Jesús, en lugar de castigarle, en lugar de “hacer que aprenda”, misericordiosamente, toma a Pedro de la mano y le alza, evitando, no sólo que se ahogue, sino que beba agua.

Confiemos, hermanos: Jesús conoce que nuestra humanidad es frágil y temerosa, y, a pesar de que nos envía a la tormenta, no deja que nos lastimemos, traguemos agua o nos hundamos: incluso con nuestros temores, Él nos acepta.

Al entrar Jesús, llegó la paz

Una vez fue rescatado Pedro, Jesús entró en la barca e, inmediatamente, el mar se calmó. Jesús, ni siquiera, tuvo que hablar. Para los discípulos, esta tormenta fue una lección a la que Jesús los empujó y llevó, pues quería encontrarse con ellos en alta mar; ¿qué son, para ti, las tormentas por las que atraviesas?

Dios te está persiguiendo y, quizá, ya tienes días, meses, o años en este estado, debido a que atiendes a otras cosas antes que a Él es porque no quieres pagar el precio que exige. Empero, te digo que el costo de no oírle es mucho mayor que el costo de seguirle: cuando pagas el precio de entregar tu vida a los pies de Jesús, los beneficios que recibes te harán voltear y preguntarte por qué añorabas tanto lo que tenías antes. Amigo mío, cualquiera que sea tu barca hoy, está agrietada y no podrá salvarte.

Recuerda: las tormentas son utilizadas por Dios para enseñarnos lo que necesitamos aprender. Por esta razón, en el curriculum de la vida, las tormentas son materias obligatorias; dependerá de ti si tienes que tomar Tormenta de la Vida 101, solamente, o si necesitas Tormenta de la Vida 101, 102, 103 y 104. Aprende: **fe es creer lo que Dios ha revelado, a pesar de las evidencias, a pesar de las consecuencias**; es a esta fe madura que Jesús, como a los discípulos, nos quiere llevar –a una fe que dependa de Él, solamente–.

¿Qué harás tú?

Mientras tus ojos estén observando tus circunstancias y no al Señor, mientras confíes en tus propias fuerzas y en cómo orquestas las cosas, mientras des la mayor importancia a los que hacen o piensan los que te rodean, irás al fracaso. ¿En realidad crees que el mundo podrá defenderte o darte la aprobación que necesitas?

Cuando consideramos la diferencia entre la respuesta de los discípulos en la primera tormenta y la de la segunda tormenta, notamos que ellos aprendieron la lección: de considerar a Jesús un ser extraño, llegaron a considerarlo Hijo de Dios, al adorarlo. Esta diferencia fue la mejor evidencia de su fe y es la misma evidencia que muestra la veracidad de la tuya: una vida de adoración tiene mayor peso que una confesión labial. Empero, para poder adorarlo de esta manera, debes estar consciente de algo: hay una tormenta de la cual jamás ningún hombre se podrá librar por sí solo, por muy grande que sean sus fuerzas: la deuda infinita que tenemos para con Dios. Para poder adorar a Dios en la manera correcta, debes entender que sólo Jesús puede llevar tu balance a \$0.00 y que por esto fue enviado por Dios. Y la razón por la que es necesario que le adores es porque nuestros pecados, o son pagados en la cruz, por Cristo, o son pagados en el infierno –aquel lugar en el que hay una ausencia absoluta de toda la bondad que Dios representa–, por nosotros.

Habiendo oído la palabra divina, si quieres reconocer a Cristo como Dios, sólo tienes que orar y pedirlo: Dios ha prometido escuchar. Si haces esto de corazón, habiendo entendido, siendo movido por el Espíritu de Dios, serás salvo. Amigo, no es tonto aquel que da lo que no puede retener, para ganar lo que no puede perder.

Amén